

# Arauco



TRIBUNA DEL PENSAMIENTO SOCIALISTA

Año I

Octubre 1959

N.º 1

**DIRECTOR:**

CLODOMIRO ALMEYDA M.

**COMITE DE REDACCION:**

RAUL AMPUERO — FEDERICO  
GODOY — ALEJANDRO CHELEN  
JORGE BARRIA — JULIO C.  
JOBET — HELIO VARELA

**EDITORES:**

PRENSA LATINOAMERICANA S.A.

\*

**SUSCRIPCIONES**

(6 meses)

En Chile ..... \$ 2.000.—

Extranjero ..... US\$ 2.—

\*

**Giros a:**

**ALEJANDRO CHELEN ROJAS**

Cámara de Senadores

Santiago de Chile

\*

Canje - Colaboraciones y  
Correspondencia a:

**FEDERICO GODOY**

Casilla 10430, Santiago-Chile

## SUMARIO

**EDITORIAL**

Nuestro propósito ..... 2

# Nuestro propósito

En el acontecer de la vida de los pueblos, cuya trama elemental la constituyen los desgarramientos y luchas humanas por superar sus siempre renovadas limitaciones, el pensamiento se esfuerza trabajosamente por comprender el sentido de los acontecimientos y por proyectar hacia el futuro las acciones de los hombres previendo sus alcances y señalando sus perspectivas.

No es tarea fácil ésta que debe asumir el pensamiento. La vida es siempre más rica que cualquier intento por agotarla en sistemas conceptuales. Y esta dificultad se torna mucho mayor cuando se trata de interpretar los hechos del tiempo presente, que transeurre con tan acelerado ritmo que muchas veces antes de que hayamos sabido orientarnos ante una situación, ya ésta se encuentra modificada planteando nuevos e inéditos problemas.

Los socialistas, que sostenemos vigorosamente un punto de vista teórico para comprender la realidad social, que nos permite definir nuestro momento histórico como fase de la descomposición del sistema capitalista y preludio de la organización de un régimen basado en la propiedad colectiva de la riqueza y en su uso en función de las potencialidades humanas, no nos encontramos, ello no obstante, eximidos de la tarea de indagar, de pensar y de prever. La historia no recorre nunca un camino lineal y es menester para abrirle paso al futuro, comprender las modalidades específicas que asume en cada tiempo y lugar la lucha por un mundo mejor y planear conforme a ello la gran estrategia y las operaciones tácticas del movimiento revolucionario.

Y si esto es cierto en términos generales, con mucha mayor razón lo es cuando se trata de la América Latina. Nuestros países, como todo el mundo semicolonial y dependiente, recorren un camino histórico que no ha sido dibujado ni transitado jamás. A nuestra particular trayectoria histórica corresponde también una adecuada formulación teórica. Formulación que no discrepa ni puede discrepar con la concepción general de los gigantes del pensamiento del siglo pasado y de principios del presente, —Marx, Engels y Lenin,— que tomaron conciencia del papel de la clase obrera en la sociedad contemporánea, determinaron las leyes de su desarrollo y de su crisis y delinearon el esquema sobre el cual ha de construirse la sociedad del mañana, emergida como resultado de la lucha revolucionaria de los trabajadores explotados por su liberación como clase. Pero formulación también, que necesita adecuarse a las nuevas circunstancias en que ahora les toca a los pueblos dependientes y a sus masas trabajadoras enfrentarse con el imperialismo contemporáneo, aliado cerradamente con las oligarquías nativas, y el gran capital financiero y monopolista, en base a la defensa y salvaguardia del orden establecido.

Dentro de América Latina, Chile ha tenido también su destino peculiar. Ha sido nuestro país el primero en el cual se han manifestado inequívocamente agotadas las posibilidades renovadoras que muchos preveían al desarrollo social y económico, enmarcado en los moldes formalistas de la democracia burguesa e impulsado por un presuntamente progresista capitalismo nacional.

La alianza evidente de nuestra incipiente burguesía con la oligarquía de la tierra y su manifiesto entronque con el imperialismo norteamericano en

un solo frente de clases opresoras, le ha dado al cuadro político chileno en los últimos años una gran racionalidad, hasta el punto de que puede servir de modelo para las situaciones semejantes que ya se han planteado o se están insinuando en los países hermanos que comienzan a vivir la misma experiencia.

Desde el año veinte para adelante y, sobre todo desde 1938, con la victoria electoral del Frente Popular, encabezado por el radicalismo, el país ha recorrido una interesante y aleccionadora etapa que ha mostrado claramente la escasa virtualidad que para los países subdesarrollados ofrece el camino democrático burgués. Solo durante diez años Chile pudo progresar bajo el impulso de las nuevas condiciones creadas por el desplazamiento de la derecha del poder y por su reemplazo por una coalición de fuerzas comandadas por la pequeña burguesía. Ya en 1948 había quedado en claro la subordinación ideológica de esta clase a los supuestos del statu-quo, su docilidad frente al imperialismo yanqui, su identificación con los intereses burocráticos y con reducidos sectores privilegiados de los estratos intermedios y, por sobre todo, sus compromisos de toda naturaleza con las fuerzas sociales y económicas reaccionarias, trabados como consecuencia de su común interés en aprovecharse del orden existente. Desde el punto de vista de nuestro desarrollo económico, el fracaso del "frente populismo" y la pérdida de toda progresividad en el P. Radical se puso de manifiesto cuando se detuvo el impulso promotor de grandes realizaciones económicas y la inflación carcomió y redujo a la nada las ventajas obtenidas por el pueblo mediante el alza nominal de sus remuneraciones.

Se había llegado entonces, durante la Administración González Videla, a una nueva situación de inestable equilibrio, de "empate social", como se dijo en aquella época, en que los esfuerzos de los diversos grupos sociales con influencia política por repartirse el ingreso nacional, devenían y se traducían en un violento proceso inflacionista que acentuaba aún más nuestra estagnación económica y rebajaba inmisericordemente el nivel de vida de las masas.

La crisis de la política centrista llegó a su punto álgido durante 1955, cuando la moneda se desvalorizó casi en un 100% en el transcurso de un año. Y ante esta situación, divididas las fuerzas políticas auténticamente populares y carentes todavía en su conjunto de una clara conciencia de que estaba ya agotada la experiencia centrista, el gobierno de entonces se inclinó derechamente hacia la solución reaccionaria de la crisis, ayudado por todo el peso de la fuerte institucionalidad burguesa chilena, que por una razón de inercia se constituye en nuestro país en el mejor aliado de los defensores del orden actual.

Fue por aquella época cuando, racionalizando la experiencia vivida, el socialismo chileno concibió su nueva y vigente política denominada de Frente de Trabajadores, que consagra la crisis definitiva de las experiencias centristas, señala la frustración histórica de nuestra burguesía nacional como agente de progreso y condena como irrecuperables para el movimiento popular a los partidos pequeño burgueses, comprometidos vitalmente con el sistema imperante, y tributarios ideológicos del imperialismo y de la reacción.

Vigorosamente combatida en sus comienzos por quienes dentro del movimiento obrero abrigaban esperanzas en las posibilidades creadoras de un compromiso político con los partidos de centro y en la virtualidad histórica de la burguesía nacional, los hechos mismos fueron poco a poco convenciendo a los reticentes y creando las condiciones para un reagrupamiento de las fuerzas populares, bajo la hegemonía de los partidos obreros, que sirviera de instrumento para buscar una salida revolucionaria a la crisis nacional.

Nació y surgió así el Frente de Acción Popular. Por primera vez en muchos años los partidos obreros se reencontraron en una tarea común, provistos de una más o menos coherente y actual concepción de la realidad chilena y latinoamericana y de la misión que les corresponde cumplir. La Cam-

paña Presidencial del Pueblo demostró luego que los trabajadores chilenos comprendían la nueva política, olvidaban viejos y pequeños rencores y se sumaban tras las banderas del FRAP a una lucha que ahora ofrecía perspectivas concretas de culminar con la toma del poder. Las fuerzas centristas, aisladas de las masas populares, cumplieron a la perfección su rol objetivo de aliados de la reacción y, pese a resultar abrumadoramente derrotadas, contribuyeron a que el candidato presidencial del pueblo no alcanzara la primera mayoría electoral, en la memorable jornada del año pasado en que el FRAP demostró ser la primera y más potente fuerza política del país.

Recuperado por la derecha el pleno control del aparato del Estado, frente a ella sólo emerge como una real alternativa de poder el Frente de Acción Popular. La corta experiencia de menos de un año de gobierno de derecha, demuestra hasta la saciedad su incapacidad para sacar al país de la crisis y darle renovado impulso a nuestro detenido crecimiento económico.

Y el descontento que el fracaso gubernativo va aceleradamente provocando, tiene un solo usufructuario: el Frente de Acción Popular. Le cabe pues, a la organización política de la izquierda chilena, una singular responsabilidad en los tiempos que se avecinan, que tienden por la fuerza de las cosas a aproximarse a las máximas responsabilidades políticas.

A la invaluable conquista que significa el irreversible reencuentro de las fuerzas populares a través de su unificación política y sindical bajo una sola dirección común, se corresponde también un paralelo progreso en la conciencia ideológica de la izquierda chilena y una consiguiente maduración de su pensamiento revolucionario. Ya durante la jornada electoral del año pasado se puso en evidencia que sólo el Frente de Acción Popular era capaz de presentar a la ciudadanía un haz de proposiciones programáticas, viables a la par que consecuentes con su inspiración socialista, proposiciones que llevaban implícitas una especial interpretación de Chile.

Indudablemente, por mucho que se haya avanzado en este último terreno, es todavía vasto el camino que hay que recorrer. Los cambios permanentes que experimenta la política mundial, cuya incidencia en los países periféricos es decisiva, la experiencia valiosa que momento a momento están ofreciendo las naciones hermanas que ensayan trabajosamente empresas liberadoras y la necesidad impostergable de ir afinando y puliendo los conceptos matrices para la realización de tareas de la envergadura de la reforma agraria, la integración de la gran minería extranjera en la economía nacional, la técnica de una planificación revolucionaria de las funciones productivas en función del socialismo, la urgente y difícil reforma previsional y del régimen de remuneraciones, etc., están exigiendo un permanente y cada vez más profundo debate en el seno de la izquierda y de las masas populares.

El socialismo chileno no ha querido que estas fecundas discusiones se encastillen en círculos más o menos cerrados. Desea proyectarlas hacia el pueblo mismo, manteniéndolo al tanto de sus vicisitudes y recogiendo sus opiniones. A esta razón obedece la publicación de esta revista, ARAUCO, que pretende trasladar a la opinión pública en general, y a los sectores populares en particular, las inquietudes que embargan y la problemática que debe resolver la auténtica izquierda chilena.

He ahí la causa de la aparición de estos cuadernos. Se prosigue así la tradición socialista que nos muestra cómo en los períodos más álgidos de la existencia partidaria, órganos publicitarios de este tipo han realizado misiones similares. Ahí está el ejemplo de "Rumbos" y de "Espartaco", que en su época cooperaron eficientemente al quehacer socialista.

Ahora, bajo el nombre de ARAUCO, que evoca la raíz misma de la nacionalidad chilena y que nos liga a las más remotas y genuinas luchas populares en defensa del patrimonio nacional, se prolonga en las nuevas circunstancias de la hora esa tradición socialista. Consecuente con el signo de estos

dramáticos tiempos, será preocupación principal de esta revista el vincular la experiencia chilena con la que en otras latitudes de la América Latina realizan los países hermanos, convencidos como estamos ahora más que nunca, que el proceso de liberación definitiva de nuestra tierra americana solo habrá de lograrse plenamente en la medida que se conjuguen, refuercen y enriquezcan los esfuerzos de nuestros veinte pueblos en una sola gran empresa política de proyección continental.

C. A. M.

★ ★ ★